

## TU ENVIDIA ES MI PROGRESO

Pamela Gutiérrez Damiani

### *Ríos de agua viva*

Por los bordes, las uñas y la mugre espesa, siempre me gustó comerme el pellejo de mis dedos. La sensación de elasticidad de las lengüetas que se producen, conforme mi dentadura persigue las astillas de ambos lados de las uñas, me parecen sabrosísimas y con un aire a hostia. Hostia sagrada de las de mi barrio, sabor a misa de infancia. Será por eso tal vez que aun no he podido deshacerme de ese hábito ni de la religión.

Rafael no entiende cómo hago para conservar costras en el contorno de mis uñas. Cree que el proceso de renovación de costras es doloroso, pero se equivoca como todas aquellas personas que juzgan la repetición de un acto tan solo en sus apariencias, sin unir a sus conclusiones la sabiduría de la naturaleza. Por eso me salió un callo grueso y transparente que juego a erradicar en un dialéctico proceso en el que renacen más costras.

Es el amor fraterno el que hace a Rafael burlarse, rezongarme y luego amenazarme con echar rocoto molido sobre mis dedos cuando esté dormida. Dice que con esas manos mejor trabajar con él de lija ambulante. ¡Qué frágil es la memoria! Ya se olvidó que él también padecía la manía del despelleje, pero que la cambió por el cigarro cuando le empezaron a gustar las chicas.

Mi mamá dice que ese aberrante hábito tiene un origen psicológico. No necesitó llevarme a un especialista para asegurar que todo obedece al desbarajuste que el crimen del señor Vilcas produjo en mi cabeza. No lo creo porque yo ya

me comía el pellejo desde antes. Pero, en fin, ella se lo explica porque yo vi cosas que una niña no debía ver, que había mucha sangre en las paredes, en el suelo y que nadie se explicó nunca cómo me metí en la escena del crimen sin que la policía, que por esas horas andaba rebuscándolo todo, se diera cuenta.

Ocurrió una mañana común y corriente. No hubo premoniciones ni recuerdo nada especial que me hiciera sospechar de una alteración en el transcurso de los acontecimientos. Todo lo que oí después no hizo más que corroborar en mí la idea de que los hechos extraordinarios traen un antes y un después. Definitivamente, el crimen del señor Vilcas significó un quiebre, una revolución.

Toda mi familia cree que me oculté en el patio. Por pudor no pude decirles que no fue así. Yo fui la primera en escuchar los gritos de su viuda cuando halló el cadáver tendido a un lado de las sábanas goteantes en el patio de la casa. Llevaba un agujero enorme en el abdomen y las tripas que le salían se parecían muchísimo a la molleja de las aves.

En el patio había un silo de adobe que el señor Vilcas había construido en la época en que invadieron el terreno. Era una construcción de un metro cuadrado. Yo estaba a unos pasos del patio porque me gustaba espiar a su hijo Jaime cuando su mamá lo bañaba, cerca al silo, en una tina rodeada de ollas, teteras, esponjas, jabones de pepa, escobillas y peines para piojos. Jaime tenía doce años y yo trece. Es verdad, la edad no tiene que ver con el amor.

Me coloqué detrás del retrete y puse un ojo en la brecha diminuta que se había formado entre dos adobes. Sabía que la señora Vilcas lo sentaba antes de llevarlo a la tina y allí podía observarlo en uno de sus mejores ángulos. Pero extrañamente ese día ella no salió al patio con su hijo sino con una batea oscura, gigante, que estaba reventando de ropa blanca de la familia.

Casi inmediatamente me enteré de qué era lo que albergaba la batea: enormes sábanas, calzoncillos del señor Vilcas, de Jaimito, los calzones de la señora Vilcas, los de Giomara, Andresito, y Estefany. En realidad fue cuando regresaba a la cocina por más ropa y no cuando salía al patio, como ella declaró a la policía, que descubrió el cadáver de su marido.



### ***Si el chisme fuera oro, ya serías millonario***

Doña Huaraca, la guardiana de la moral de San Benigno, nuestra urbanización, fue una de las primeras en aparecer en la escena del crimen y en regar como pólvora que la señora Vilcas había recuperado su honra y dignidad ajusticiando a su marido con un cuchillo de su arsenal culinario. La señora Vilcas, que hasta antes del incidente era simplemente Clorinda, vendía panes con camote frito, tortillas e infusiones todos los días, menos los domingos, en su quiosco del paradero 43 de la avenida Túpac Amaru, en el que desemboca mi casa si se camina recto.

A partir del día del descubrimiento del cadáver y de la ausencia del marido, en todo el barrio la comenzaron a llamar señora Vilcas. Hasta mi madre que había sido tan amiga suya se refería a ella como la señora Vilcas, cuando se hablaba por alguna razón de su desgracia.

Clorinda o como fuese, no tuvo en esos momentos de adversidad otra reacción que unos gritos ilegibles que decían conocer al verdadero asesino de su marido. En medio de una vorágine de gente, tierra

y olor a sangre en que no me quedaban ganas de delatar mi ubicación, veía entre los agujeros de barro que unos vecinos intentaban calmarla y otros tapaban la sangre y las tripas con unos periódicos y cajas aplanadas recopiladas por mi vecino Pepe.

La policía llegó aproximadamente veinte minutos después de que se oyó el primer grito en el vecindario. A mí me descubrieron casi de inmediato, me interrogaron levemente ya que mi presencia no significaba nada, porque tener trece años y vivir al lado de la víctima era como para no preocuparse. Hasta hoy recuerdo con claridad a Giomara, Andresito y Estefany asiéndose con dificultad a las piernas de su madre, que solo atinaba a agitar los brazos y patear de un modo grotesco que provocaba la compañía de los llantos de sus tres menores hijos.

Por el contrario, Jaimito salió al patio algo aturdido, sin comprender aún que ese generoso chorro de sangre y de tri-

pas en el suelo habían pertenecido a su padre. No derramó ni una lágrima y más bien se acercó a su madre para consolarla y defenderla de la lástima que ya había empezado a despertar entre los vecinos. Creo que en un segundo Jaimito se dio cuenta de la vacante que, por necesidad y derecho, le correspondería ocupar a partir de ese momento.

El que más demoró en llegar fue el fiscal de turno. Dos horas después de que se iniciaran los rumores y que la histeria de la vecindad congregara a espectadores de otras latitudes, arribó el representante de la ley con un inequívoco tufo. No podía culpársele, era domingo por la mañana.

Se necesitaron cuatro policías para levantar el cuerpo del señor Vilcas, pues

con los años de ociosidad y de cervezas ingeridas, su anatomía había gestado una panza descomunal que aniquilaba correas y broches, despachando la pretina de los pantalones un poco más abajo de lo que la visión moral de la Iglesia del Padre Norberto podría permitir. Por eso la religiosidad de doña Huaraca no pudo evitar poner cara de vómito cuando vio la raya trasera del difunto mientras ingresaban su cuerpo en una camioneta rumbo a la morgue para la autopsia de ley.

La sangre del señor Vilcas se resecoó con el sol fuerte de la mañana. En nuestra zona, mitad Lima, mitad sierra, la proyección solar es a veces tan fuerte que ciega. Es una eterna primavera que ingresa a las diez a todas las casas. Y el sol no sabe de lutos, inmisericorde, sació su apetito voraz dejando en el patio de la casa tan solo unos rastros morados donde horas antes hubo un riachuelo de sangre. Así quedó la marca del señor Vilcas por espacio de unas semanas entre el polvo y las piedras de las que estaban hechos casi todos los patios de nuestra manzana 40.

### **TÍO LOCARIO SE ABRE DE TRIPAS**

#### **Era líder de una Iglesia y se alucinaba Santo**

En medio de un charco de sangre fue hallado ayer a tempranas horas de la mañana un sujeto identificado como J.V.H. (49) tendido en el suelo de su modesta vivienda ubicada a la altura del km 43 de la avenida Túpac Amaru. La víctima había sufrido varios cortes en la zona del bajo vientre, lo que produjo que las vísceras quedaran esparcidas por el suelo entre abundante sangre. El hallazgo lo hizo su esposa identificada como C.Q.E. (45) cuando se dirigía al pequeño patio ubicado en la parte posterior de su casa.

### **HARAKIRI EN EL CONO NORTE**

#### **Iglesia evangélica estaría involucrada en horrendo crimen**

Presa de una crisis nerviosa y de desgarradores llantos que conmovieron a todos los vecinos de la Urbanización de San Benigno, la viuda señaló como responsable del crimen a una organización religiosa norteamericana que al parecer se habría instalado hace unos meses en la zona.

### **POR MISIÓN IMPOSIBLE SE ENFRÍA**

#### **Padre de familia se suicida porque no tenía qué comer**

Según fuentes policiales, el modesto padre de familia pertenecía a una organización religiosa adventista, conocida como la Iglesia de la Santa Eucaristía en la que era considerado como uno de sus mejores y más fieles discípulos.

La esposa del difunto declaró a nuestro diario que ella no había notado nada especial ni extraño en el comportamiento de su cónyuge, en la víspera de su deceso. Por otro lado, los vecinos de San Benigno señalaron que en ningún momento escucharon gritos o algo que hiciera sospechar que algún oscuro incidente tenía lugar en la Manzana 40 Lote B, donde moraba el difunto. No obstante, una mujer, que pidió no ser identificada, coincidió con la viuda al señalar como responsables a los líderes de la organización religiosa cuyos nombres responden a John y Steve.

### **ATRAPADO SIN SALIDA**

#### **Crisis depresiva lleva a padre de familia a autoeliminarse**

El occiso se desempeñaba como fiel seguidor y colaborador incondicional de los hermanos de la Iglesia, realizando labores de apoyo en las ceremonias y de evangelización, en tanto que

su mujer mantenía el hogar vendiendo comida en su puesto informal. Pese a la denuncia realizada por su esposa y a algunos comentarios que circularon por el escenario del macabro hallazgo, las primeras impresiones consideran probable que el infortunado se infringiera corte mortal con sus propias manos utilizando un cuchillo de cocina que pertenecía al puesto de comida de su esposa.

#### **LE DAN VUELTA POR VIOLÍN**

##### **Móvil sería ajuste de cuentas**

De otro lado, la policía no descartó un crimen, pues según señalaron los vecinos, el difunto solía realizar extrañas prácticas sexuales. Se esperan los resultados de la autopsia de ley para esclarecer los hechos. El occiso deja mujer y cuatro hijos.